

## La hora de la empresa privada

El programa de televisión «Estudio abierto», de la segunda cadena de TVE, se hace cara al público, en directo, y en aquel momento estaba en su apogeo. Su director, después de pedirme una explicación «para que la gente de a pie lo entienda» sobre lo que es un plan de estabilización («un plan riguroso de control de todas las magnitudes económicas, en donde se comience por recimentar la solidez de toda la situación», le dije»), me preguntó:

—Pero ¿qué es lo que hay que hacer aquí y ahora?

Le respondí con otra pregunta:

—¿Qué es lo que haría usted si le rebajaran el presupuesto de este programa? Reduciría gastos. Nadie puede gastar más de lo que tiene. Nadie puede estirar el brazo más que la manga. Bueno, pues en España lo llevamos haciendo así desde hace muchos años.

Creo que mucha gente entendió lo que yo quería decir sobre una situación económica muy deteriorada que los empresarios venimos denunciando con intensidad —y sin éxito aparente— desde hace algún tiempo. En la televisión pública no siempre es posible explicar las razones de la iniciativa privada y de la economía libre.

Un estudio de televisión es un mundo de nervios donde, bajo los focos, circulan órdenes misteriosas que hacen el milagro de que lo que allí pasa se contemple simultáneamente en millones de hogares. Nadie puede sustraerse hoy a la poderosa influencia de la televisión. Los profesores Gal-braith y Friedman, grandes rivales en sus concepciones económicas y a los que no les gusta coincidir en nada, parecen estar de acuerdo en sostener la conveniencia de asomarse a la pantalla para ampliar el número de sus alumnos. Los espectadores españoles ya conocen sus famosos programas de divulgación televisiva —«La era de la incertidumbre» y «Libertad de elegir»— junto a las dos escuelas que ambos defienden.

John Kenneth Galbraith ha contado que, «como saben muy bien todos los autores que han tenido contacto con ella, la televisión es muy diferente de la escritura. La disciplina del tiempo es implacable. Una hora con Karl Marx puede parecer muy larga a algunos espectadores, pero en relación con su larga, intensa, variada y prodigiosamente activa vida, es sólo un minuto.» Friedman, por su parte, cree que «la televisión significa acción dramática, apela a las emociones y captura la atención del televidente», aunque «la página impresa es un instrumento más efectivo para educar y para persuadir».

Estos dos brillantes economistas acudieron al «aula sin muros» que es la televisión sin demasiado entusiasmo, pero, como confesaron después, su respeto por este indispensable y aplastante medio de comunicación ha aumentado considerablemente desde entonces.

A los empresarios nos pasa algo de lo mismo. Cuando se nos pide que expliquemos nuestros problemas por la pantalla casera, no sabemos sustraernos al ruego, aunque quizá abriguemos la secreta sospecha de que posiblemente lo que allí digamos no sirva de mucho para la difusión de nuestras tesis. Como dice Milton Friedman, «cualquier persona a la que se persuade en una tarde (o incluso en diez programas de una hora) no está realmente convencida. Puede ser arrastrada por alguien que, a continuación, defiende puntos de vista opuestos. La única persona que puede persuadirle realmente a usted es usted mismo. Debe dar la vuelta a los temas despacio en su cabeza, considerar los múltiples argumentos, dejarlos madurar y, al cabo de largo tiempo, convertir sus preferencias en convicciones».

Hace ya tiempo que dos convicciones se disputan en todo el mundo la dirección de los asuntos económicos. Una es estatista, la otra es liberal.

El hombre, en su larga marcha a través de la historia, ha sintetizado sus preocupaciones económicas en dos sistemas surgidos de ambas convicciones: por un lado, el que, desconfiando del individuo, deposita el poder en el grupo. Por otro, el que cree que los ciudadanos son plenamente responsables y tiene fe en la iniciativa privada.

Estas dos concepciones dan paso a una división fundamental en la traducción a la práctica de esos dos sistemas económicos: de una parte, aquel que defiende la iniciativa privada, y que llamamos economía de mercado, y de otra, el que, con una visión en la que predomina lo colectivo, otorga el control al Estado: es lo que llamamos economía estatal o dirigida.

Si bien todas las economías tienen un grado mayor o menor de intervención estatal, la cuestión básica aparece clara: cuando mayor es la libertad —Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña son, en este sentido, países abanderados en la defensa de la libre iniciativa y de la competencia—, mayor es la eficacia del sistema. En la economía de mercado se aplican las reglas del mercado. Ello quiere decir que los agentes económicos toman sus decisiones en un mundo de libertades. El mercado es un filtro de calidad para la capacidad emprendedora. En la medida en que los consumidores

quieren, «el vendaval de destrucción creadora» —como llamó Schumpeter al desarrollo económico— avanza renovando los sistema de producción, reconvirtiendo los procesos industriales y dictando las leyes de prosperidad.

Los empresarios que creemos en la economía de mercado no tenemos demasiadas dudas sobre esta mayor eficacia de uno de los sistemas sobre el otro. Pero somos conscientes de que los partidarios del predominio del Estado en materia económica no escasean y de que, con diversas variantes —de la colectivización completa de los medios de producción a la nacionalización de los sectores clave—, también un viento helado de componente totalitario recorre el mundo.

La persistente crisis económica alimenta el pesimismo: que el Estado nos acoja a todos. El gran patrón es la solución.

¿Cómo crear puestos de trabajo si lo que exigen los tiempos es la reconversión del aparato productivo, con lo que ello supone, desgraciadamente,, en el campo de las relaciones industriales?

A pesar de las dificultades, sólo desde la iniciativa privada y desde la libertad —libertad que implica flexibilidad en todos los mercados: laboral,, bienes y servicios— podrá superarse la grave crisis que parece ahogarnos,

¿Qué hacer?, me preguntaba en televisión el director de «Estudio abierto», José María Iñigo. Desde luego, la respuesta tuvo que ser amplia, matizada, pero se resumía en una frase sencilla: más libertad.

Desde la libertad, nuestra obligación es resistir, sanear las empresas y convencer a todo el mundo de que no hay otro camino. En el melancólico final de sus *Memorias*, Raymond Aron escribió: «El marxismo ya no va a poder aplastar de ahora en adelante a los regímenes democráticos bajo la utopía de la sociedad sin clases o el ejemplo de la realidad soviética. Pero puede servir para alimentar una suerte de nihilismo...»

Frente a las tentaciones totalitarias, el mundo de la empresa debe presentar en todo momento su confianza en la libertad.

Hay una célebre definición del economista Joseph Schumpeter sobre los empresarios, a los que él asociaba, inevitablemente, al progreso económico. «La cualidad dinámica de la economía —decía el gran profesor vienes, que terminó su vida en Estados Unidos— reside en las acciones de los empresarios, cuya función típica no consiste simplemente en dirigir, en obtener ganancias o sufrir pérdidas inesperadas, en afrontar riesgos, sino en crear algo nuevo, tanto en lo que se refiere a la fabricación misma como en lo que atañe a los servicios y a los mercados.»

Crear algo nuevo: he ahí la clave de la empresa. Para Joseph A. Schumpeter, el actor principal del desarrollo económico es el empresario innovador. Sin embargo, no todo el mundo cree que eso debe ser así, empezando por algunos empresarios. Hay un fatalismo ambiental que predica que las grandes crisis tienen que arrastrar de forma inexorable a las empresas, -que en tiempos de desolación, como los actuales, lo mejor es resignarse. Sí hay que morir, se muere, es ley de vida, la crisis no perdona, etc., son algu-

nos de los latiguillos con que se trata de encarar la grave situación actual de la empresa en España y en el mundo occidental.

Mi convicción, sin embargo, es que la empresa privada es más necesaria que nunca, porque sin ella no hay progreso, no hay bienestar y no hay futuro esperanzador. La experiencia de los países comunistas no ofrece demasiadas dudas al respecto. Dice una persona como Galbraith, al que sus compatriotas norteamericanos asimilan a un izquierdista: «El problema del socialismo moderno no son los buenos sentimientos, sino dar buenos resultados. Si la maquinaria socialista funcionase con fluidez y eficacia, el mundo entero sería socialista.»

¿Por qué la maquinaria socialista no funciona con fluidez y eficacia? La respuesta es muy simple: porque carece de un carburante indispensable para hacer andar sin sobresaltos el mecanismo social: la libertad. Sin libertad, el sistema económico se resiente, constreñido por el dirigismo. Sin estímulo, el hombre renuncia a la aventura de mejorar. Es una vieja lección que nos dejó uno de los padres de la economía y de la libertad, Adam Smith, al poner el motor del progreso en «el esfuerzo uniforme, constante e ininterrumpido de cada hombre para mejorar su condición». De este esfuerzo individual deriva tanto la abundancia pública como la privada, y, según Smith, ha sido lo suficientemente poderosa como «para mantener el progreso natural de las cosas hacia la mejora, a pesar tanto de la prodigalidad del gobierno como de los mayores errores de la administración».

Este año de 1984 es muy adecuado para reflexionar sobre el miedo a la libertad en materia económica. El pesimismo orwelliano, anticipador de un mundo en el que el control permanente puede ahogar lo más importante que hay en el hombre, la voluntad de vivir, se fraguó en un mundo de escasez y posguerra. Su aguda metáfora nos habla de opresión y totalitarismo, de dominio de unos hombres sobre la mayoría, de tiranía intelectual y física. Pero también de incompetencia, de incapacidad creadora, de fracaso total en la fabricación de bienestar. Y es que la libertad es la condición previa para que la prosperidad se produzca.

Como es sabido, la actividad económica no es un fin en sí misma. Estamos aquí para algo más que para luchar contra la inflación. Desde siempre, el hombre ha tenido que cambiar la naturaleza para adaptarla a sus necesidades. En este combate con lo que le rodea el hombre ha producido bienes, comercio, consumo y desarrollo. Progreso, en una palabra. Pero ese progreso está al servicio del hombre, es un progreso social.

Y, según prueba la experiencia, se ha producido, en la mayoría de los países occidentales, en base a la institución de la propiedad privada y en virtud de la actividad productiva de las empresas.

¿Quiere esto decir que el Estado no debe participar en la economía? No, por supuesto. El Estado tiene también su papel. Las sociedades occidentales permiten un lugar importante al intervencionismo del Estado en

temas como la política industrial o a través de la existencia de un importante sector público. Esto lo acepta hoy todo el mundo. Justamente porque el Estado tiene el deber de garantizar el uso legítimo de la libertad, la economía social de mercado aparece, en el marco de un Estado equilibrado, no sólo como el sistema técnicamente más eficaz, sino como el que permite satisfacer mejor las exigencias superiores de progreso social, respeto a las libertades y un mejor desarrollo del hombre. Dentro de este panorama de economía libre, la empresa es el núcleo fundamental. La empresa no es más que la cristalización de la capacidad transformadora del hombre, una síntesis de múltiples iniciativas. Por la empresa pasan el empleo y los recursos. Por eso ahora la empresa vive conflictivamente los problemas políticos y sociales de nuestro tiempo. Pero sólo desde la libertad —insisto— podrá superarse la actual crisis de la empresa. Desde el juicio de Adam Smith de que «todo intercambio voluntario genera beneficio para las dos partes» y que «mientras la cooperación sea estrictamente voluntaria ningún intercambio se llevará a cabo a menos que ambas partes obtengan con ello un beneficio», la empresa se ha multiplicado, impulsada por esa «mano invisible» de que hablaba Smith, y que lleva al individuo, al perseguir sus propios intereses, a promover a menudo los de toda la sociedad de un modo más efectivo que cuando intenta promoverlos directamente.

La esencia de la empresa privada la constituye la libertad de actividad económica y su rasgo más relevante es que los individuos actúan de un modo independiente, sin control gubernamental, en busca de rentabilidad.

Por supuesto que la empresa debe aceptar ciertas restricciones. Volvamos a Milton Friedman: «La libertad no puede ser absoluta. Vivimos en una sociedad interdependiente. Algunas limitaciones a nuestra libertad son necesarias para evitar otras restricciones todavía peores. Sin embargo, hemos ido mucho más lejos de ese punto. Hoy la necesidad urgente estriba en eliminar barreras, no en aumentarlas. Porque según este profesor americano, las restricciones a la libertad económica afectan inevitablemente a la libertad en general, incluso en aspectos tales como la libertad de prensa y de expresión.»

Joseph A. Schumpeter —como nos ha recordado Rafael Castejón en el excelente número que *Papeles de Economía Española* acaba de dedicar a los centenarios de Marx, Keynes y el profesor austríaco— «fue el primero en destacar que el empresario no era el guardián del equilibrio económico, sino el destructor del equilibrio... Este proceso de destrucción creativa era el hecho fundamental en el capitalismo, y causante de las crisis y las recesiones necesarias para el progreso capitalista». Sin crisis no hay progreso. Y para superar las crisis hacen falta equipos humanos y dirigentes valiosos que perciban la necesidad de innovación.

Como se dice en ese artículo de Castejón sobre «el empresario schum-peteriano», «la existencia de equipos directivos que apoyen las tareas del empresario relativas a los aspectos distintos de la innovación contribuye a

facilitar la labor creativa y de impulsores del desarrollo económico que Schumpeter le asigna a los empresarios».

Estas ideas sigue en pie. Hoy más que nunca percibimos la necesidad de innovación en las empresas y la asunción plena, por parte de los empresarios, de su papel de liderazgo en la sociedad. Ser líder es aceptar responsabilidades, no escurrir el bulto, actuar, transigir. Como dijo en cierta ocasión Henry Kissinger, es también «un centenar de cosas hechas un poco mejor». Para que no sigamos sintiendo en este combate por nuestra civilización —por decirlo con la lúcida expresión de Ortega— «la ausencia de los mejores».

S. F. \*

\* Presidente del Círculo de Empresarios.